

Seminario regional sobre Políticas Locales de Juventud

“Experiencias y modelos de gestión - Una mochila de Propuestas Juveniles”

Intendencia Municipal de Montevideo – Fundación Fredrich Ebert

Pasantía de responsables de políticas locales de juventud

Fecha: 8 al 10 de setiembre de 2004

PANEL

**IDENTIDAD Y PARTICIPACIÓN.
PRÁCTICAS Y CLAVES PARA LA INCLUSIÓN SOCIAL
¿PARA QUÉ LA INTEGRACIÓN REGIONAL?**

JOSE AROCENA

Universidad Católica del Uruguay

Instituto de Estudios del Desarrollo Regional y Local

Montevideo, 8 de setiembre de 2004

IDENTIDAD Y PARTICIPACIÓN. PRÁCTICAS Y CLAVES PARA LA INCLUSIÓN SOCIAL ¿PARA QUÉ LA INTEGRACIÓN REGIONAL?

IDENTIDAD Y MUNDIALIZACION

El escenario de la globalización es ambiguo; en ese escenario, aparecen seriamente amenazadas las diferencias identitarias en función de una lógica global y dominante de los mercados. La respuesta a este fenómeno puede ser defensiva, como sucedió en la primera mitad del siglo, u ofensiva, es decir transformando la ambigüedad de la globalización en oportunidad. Para que esto sea posible, será necesario generar una mirada distinta sobre la sociedad humana que permita integrar globalización y diferencias identitarias.

Esta nueva mirada se está construyendo en el momento actual, pero probablemente esté atravesada por una tensión a la que me he referido en un trabajo anterior. En ese texto, planteo -como hipótesis de trabajo- dos formas de percibir esta problemática entre los analistas de la sociedad contemporánea :

"Una primera percepción pone el acento en la importancia de los procesos supranacionales, en el desarrollo de los mercados globales, en la existencia de una lógica planetaria. Se estaría produciendo la emergencia de una **nueva forma de la modernidad**, cuya racionalidad habría que buscarla en la afirmación de lo global sobre los restos de los viejos Estados-Nación, sobre los restos de las viejas identidades que intentan resistir de manera más o menos caótica. En esta visión, se espera que esa nueva racionalidad se afirme, que se construya un nuevo orden que termine con la explosión destructiva de lo diverso. Al modelo de integración uniformador característico de la sociedad industrial, debería seguir un nuevo modelo de integración (al que se le podría llamar post-industrial) que tendería a lograr análogos efectos uniformadores.

Una segunda percepción destaca **la disociación creciente** en la sociedad contemporánea, entre una cierta forma de racionalidad instrumental que caracterizó a la sociedad industrial y las maneras como los sujetos expresan sus referencias básicas. Por un lado, las tecnologías desarrollándose en procesos relativamente autónomos y homogéneos, por otro lado, las identidades (étnicas, regionales, de género, generacionales, etc.) produciendo diversidades radicales. En esta percepción, lo fundamental es el acento puesto en la disociación y en la complejidad que supone la búsqueda de alguna forma de articulación. Más que pensar en nuevas racionalidades organizadoras de lo diverso, se intenta pensar la sociedad en términos de tensión. La vitalidad de las sociedades humanas

se expresa en la emergencia de lo singular diverso y no en las tendencias uniformadoras. El desafío consiste en construir la unidad en la diferencia." ¹

Estas dos miradas expresan una discrepancia profunda. Para la primera, la explosión de las diferencias es un mal a erradicar; se trata de efectos inerciales de una sociedad que está desapareciendo. Son las manifestaciones de un pasado que resiste; son las viejas identidades generadas en formas sociales definitivamente perimidas. Para la segunda mirada, la disociación constituye el dato principal porque la explosión de las diferencias -lejos de ser una expresión del pasado- está mostrando la relevancia de la dimensión identitaria en la construcción de las sociedades humanas del futuro.

Ubicándome en esta segunda posición, intentaré abordar la disociación contemporánea, partiendo de la caracterización del modelo de integración propio de la sociedad industrial, de sus síntomas de crisis y de la búsqueda actual de alternativas. La idea de disociación creciente entre la racionalidad instrumental que caracterizó la sociedad industrial y las lógicas identitarias, lleva a una reflexión sobre las articulaciones necesarias y sobre la generación de nuevas formas de **proximidad**. Alain Touraine en la conferencia con la que abrió los debates del "Círculo de Montevideo" ² utilizó una imagen muy gráfica para referirse a esta necesidad de articulación: "la sociedad necesita hoy ingenieros de puentes y caminos".

Ahora bien, las articulaciones, los puentes, serán una realidad en la medida que nuevas formas de proximidad vayan transformando la globalización en una casa habitada por el ser humano. Pero la construcción de esa nueva proximidad coincide con una fase de la historia humana particularmente crítica. Ningún analista de la sociedad contemporánea puede dudar que la especie humana -conducida por lo que se ha llamado la civilización occidental- se encuentra hoy en un momento crítico. Los referentes básicos que enmarcaron nuestra civilización en los dos últimos siglos están hoy fuertemente cuestionados. La crisis abarca los sistemas de normas y valores que se generaron en los comienzos de la sociedad industrial en una pequeña parte del planeta. Las modificaciones que allí se produjeron alteraron radicalmente las formas de sociabilidad que hasta entonces se habían conocido. Se puede afirmar que hoy estamos viviendo una época de transformaciones tan sustanciales como la de los inicios del proceso industrializador.

Lo del título: identidad y participación en este contexto no pueden analizarse de la misma forma que lo hacíamos hace 40 o 50 años. No sirve para nada quejarse de la no participación o de la debilidad de las identidades. Las formas de participación y los procesos de construcción de las identidades irán por caminos nuevos que nos cuesta bastante vislumbrar.

¹ José Arocena, "Globalización, integración y desarrollo local", en *Persona y sociedad*, vol.XI, nº1, Ilades, Santiago de Chile, 1997.

² Alain Touraine, Conferencia Inaugural del "Círculo de Montevideo", Montevideo, Uruguay, 1996.

INCLUSIÓN-EXCLUSIÓN

Está bien planteado el título de este panel. Es claro que las formas de construcción de la identidad y de participación social, están estrechamente vinculadas a los procesos de inclusión-exclusión social.

Yo comenzaría este tema aclarando dos ideas que he mencionado en otra oportunidad:

1. Sociedad integrada (incluyente) no es sinónimo de sociedad homogénea.
2. Sociedad integrada (incluyente) no es sinónimo de sociedad aconflictual.

Frecuentemente se confunde integración con uniformidad o con homogeneidad. Es necesario superar esta confusión. Un ejército -por ejemplo- da de sí mismo una imagen de uniformidad -incluso física- lo que lleva en una primera percepción, a considerarlo una forma social fuertemente integrada. Un grupo fusional aparece como homogéneo -uno para todos, todos para uno- lo que permite pensar que se trata de un grupo integrado. A la inversa, si se piensa en realidades que muestran una gran diversidad, como una ciudad cosmopolita, o que tienen un grado importante de heterogeneidad como una feria internacional, la sensación del observador es la de estar frente a universos desintegrados.

Sin embargo, estas imágenes de integración o de desintegración pueden ser aparentes y esconder fenómenos muy agudos de desintegración y de exclusión en los primeros ejemplos citados; al contrario, en los ejemplos mencionados en segundo término pueden darse realidades integradas. Un ejército puede esconder tras el uniforme, tendencias a la exclusión y al revés, una feria internacional puede integrar sólidamente la más amplia gama de diversidades. Esto quiere decir que integración no es un término contrario a diversidad o heterogeneidad. Puede haber integración de lo diverso o de lo heterogéneo, sin que se eliminen las diversidades o las heterogeneidades.

En segundo lugar, la idea de integración social puede suscitar también una imagen aconflictual de la sociedad funcionando en perfecta armonía. Las sociedades estarían tanto más integradas cuanto menor fuera el grado de conflictualidad que padecieran. En este caso los esfuerzos por integrar deberían orientarse a eliminar las fuentes de los conflictos. Una sociedad sin conflictualidad abierta -totalitaria, autoritaria, dictatorial, etc.- sería una sociedad más integrada que una sociedad democrática en la que el conflicto se expresara abiertamente. Tras esa apariencia de paz por carencia de conflictos, se suelen esconder sin embargo fuertes procesos de exclusión social, que no son menos reales porque no puedan expresarse abiertamente. Las experiencias históricas son muchas y muy conocidas.

Hablar de integración y de exclusión social exige por lo tanto un esfuerzo conceptual que permita situarse más allá de estas primeras imágenes engañosas.

Para que sea posible hablar de integración, **debe existir un "espacio y un tiempo común" a un conjunto de individuos o grupos**. Es decir, que más allá del grado de diversidad, de heterogeneidad o de conflictos que exista en ese conjunto, las relaciones sociales deben encontrar formas de desarrollarse, de comunicar, de existir como relaciones y no como patologías relacionales. **Excluido es aquel que se encuentra fuera de ese espacio y tiempo común.**

Ahora bien, desde el momento en que para definir integración, oponemos relaciones a patologías relacionales, estamos incluyendo necesariamente las dimensiones de poder y de dominación. Integración social supone sistema social, es decir, relaciones de poder. El análisis de los procesos de integración-exclusión no puede ser entonces realizado fuera de la **articulación de un sistema de relaciones en un espacio y en un tiempo común.**

Integrarse entonces significa:

- participar en un cierto grado de la **elaboración de sentido** en un sistema social concreto
- formar parte en alguna medida de un **sistema de relaciones de poder.**

Por el contrario, **la exclusión es el fenómeno vivido por aquellos que son relegados en el no sentido, fuera de toda posibilidad de acceso al poder.** Una sociedad generará tanto más exclusión, cuanto menos capaz sea de producir sentido compartido por sus miembros y cuanto más reduzca las posibilidades de la mayoría de influir en el poder.

A nadie se le esconde la dificultad que presenta el estudio de los procesos de integración-exclusión social. El analista debe encontrar una forma de análisis en la que su propia participación en el "sentido" no se vuelva un obstáculo insalvable. Tal vez la única forma de análisis posible sea la que parte del estudio y de la crítica de la mecánica misma del poder. Incluso así es siempre problemático comprender los comportamientos de quienes no están integrados al sentido.

Esta introducción al concepto de integración y de exclusión debe dar cuenta finalmente del riesgo "integracionista" de llamar globalmente "desviantes" a todos aquellos cuya conducta no se rige por las normas socialmente admitidas. Quienes han sido relegados en el no-sentido, generan "otros" sentidos como la única manera de no terminar en el suicidio. **Frecuentemente, los reflejos integracionistas actúan no para generar procesos que devuelvan el sentido, sino para excluir definitivamente esos individuos o esos grupos, como incapaces de reintegrarse a la sociedad.** Una vez más hablar de integración es hablar necesariamente de poder y de dominación.

ALGUNAS CLAVES PARA LA INCLUSIÓN SOCIAL

La sociedad industrial comenzó su aventura histórica generando nuevas claves de inclusión social. Los nacientes polos industriales de la primera mitad del siglo XIX generaron una fuerte atracción sobre la población hasta entonces radicada mayoritariamente en las áreas rurales. Los anteriores mecanismos de inclusión social basados en la aldea rural o en el taller artesanal, fueron sustituidos por las nuevas formas de socialización y de sociabilidad generados en la fábrica.

En esta nueva trama social, esa actividad humana que siempre ha sido llamada "trabajo", cambió dramáticamente su carácter y su lugar en la sociedad. Al mismo tiempo que el trabajo salió de los ámbitos reservados de la estructura familiar rural o de los universos corporativos de los talleres artesanales, se convirtió en el motor por excelencia de una nueva forma de integración social. Los individuos debieron "**salir**" de sus familias rurales o artesanales para "**ir**" a trabajar a la fábrica, como forma de procesar su integración social. Nació así la palabra "**trabajador**" para designar a las personas que realmente trabajaban; las otras tareas -las domésticas por ejemplo- no fueron consideradas trabajo.

Los sistemas educativos fueron transformando rápidamente sus estructuras domésticas o aldeanas, en estructuras masificadas y uniformes orientadas a servir mejor las necesidades de la industrialización. Las reformas educativas de fines del siglo XIX fueron expresiones de esta nueva función de la educación. Todo el proceso formativo del niño y del joven fue reformulado. Por un lado, se buscó elevar los niveles culturales generales de la población como forma de permitir el acceso de más personas al consumo. Por otro lado, la formación para el trabajo se constituyó en una clave fundamental de todo el sistema educativo.

En esta naciente "sociedad del trabajo", la desocupación se convirtió en sinónimo de exclusión social. Los procesos de constitución de la identidad social pasaron de manera privilegiada por el mundo del trabajo. Es bien conocido el mecanismo identitario que consistió en generar universos de socialización en el trabajo, aun cuando la actividad laboral no fuera portadora en sí misma de reconocimiento social. Para el hombre de la sociedad industrial, la **proximidad generadora de identidad** se construía en el trabajo.³

Sabemos que en los últimos 15 o 20 años, el universo del trabajo es cada vez menos generador de proximidad. Por un lado, la pérdida irreversible de puestos de trabajo tiene como consecuencia el aumento incesante de quienes quedan fuera, al margen de toda proximidad laboral. Pero por otro lado, quienes están aun en el mundo del trabajo, se ven obligados a trabajar individualmente frente a computadoras o complejas consolas informáticas, desde las que se controla una estructura robotizada. Esto quiere decir que en la sociedad que está naciendo existen simultáneamente dos fenómenos:

³ Renaud Sainsaulieu, *L'identité au travail*, Presses de la Fondation Nationale de Sciences Politiques, Paris, 1997.

- **se han perdido irremediablemente puestos de trabajo**
- **el trabajo tiende a no generar proximidad**

Estos dos fenómenos actuando simultáneamente están desvistiendo al trabajo de su función integradora. Este proceso de crisis del trabajo tal cual se lo concibió en la sociedad industrial, pone en cuestión todo el modelo de integración social heredado. La crisis de la integración por el trabajo resquebraja el modelo de humanidad dominante y admite la emergencia de diferentes mecanismos de sociabilidad y de socialización fundados en el desarrollo de nuevas proximidades.

Pero frente a las búsquedas de esas diferencias, se asiste a la creencia en un nuevo modelo de integración social basado en la uniformidad. Como veíamos al principio, el desarrollo de una humanidad uniforme -en buena medida uniformada por el consumo- parece hoy una realidad incuestionable. En una primera mirada, el ser humano contemporáneo se viste, come, se divierte, aprende, se relaciona, se informa, de manera mucho más uniforme que en épocas anteriores. La tendencia a la eliminación de lo específico ha tenido resultados evidentes. Una cierta parte de quienes dirigen los destinos de la humanidad está intentando universalizar las formas de socialización, suprimiendo las particularidades.

Pero la diversidad se sigue expresando. Los nacionalismos, los regionalismos, los localismos renacen con fuerza. Estos movimientos se muestran poderosos en el antiguo Segundo Mundo y en el Tercer Mundo: el conflicto del Medio Oriente, la guerra del Golfo, las guerras de nacionalidades en Yugoslavia, la situación conflictual en la antigua URSS, la Guerra de Irak, los nacionalismos africanos, asiáticos, latinoamericanos, el integrismo musulmán, etc. Incluso en el seno del Primer Mundo, existe una conflictualidad de naturaleza regional o étnica, como en el caso de Irlanda del Norte, de los vascos en España, de las minorías étnicas en Estados Unidos, en Francia o en Alemania.

Son entonces al menos tres los fenómenos a los que habrá que prestar una particular atención en la búsqueda de caminos para una verdadera integración social:

- el agotamiento de un poderoso factor de construcción de identidad: el trabajo industrial;
- una mundialización que para algunos responsables debe leerse en términos de uniformidad;
- la explosión de la diferencia en estado puro.

En esta sociedad, donde se pasa de la exaltación del éxito y de la excelencia individuales a la constatación más o menos consternada de que hay muchos seres humanos que quedan al borde del camino, los interrogantes son mucho más numerosos que las respuestas. El debate sobre el devenir de las sociedades humanas se presenta por lo tanto abierto. Apenas se esbozan algunos signos que permiten leer un horizonte en brumas.

INTEGRACIÓN REGIONAL

Esta sociedad en búsqueda de nuevas formas de inclusión social, mientras se balancea entre las tendencias hegemónicas a la uniformidad y las tendencias que reivindican la diversidad, está intentando desarrollar experiencias de integración territorial que puedan generar contextos más apropiados para la construcción de la unidad en la diversidad.

Los procesos de integración supranacional se inscriben en la cultura que privilegia el movimiento, lo múltiple, la articulación de singularidades. Pero al mismo tiempo, este privilegiar lo diverso y lo múltiple no puede dejar de lado los aportes culturales que permiten mantener la unidad. Es la búsqueda de la unidad en la diversidad. Esto supone la construcción de las necesarias racionalidades, sin caer en la destrucción de las diversidades.

La humanidad seguirá avanzando en la robótica, en la exploración espacial, en las biotecnologías, en las tecnologías de la información. Pero esa misma humanidad seguirá pensando, creyendo, esperando según las múltiples formas generadas por la diversidad cultural. Es tan necesario afirmar la unidad genérica de la especie como desarrollar las diferencias.

Es por ello que las diferentes instancias del proceso de integración supranacional suponen el estímulo a la participación de los diversos actores que conforman cada sociedad. La integración real no se hará solamente desde los escritorios gubernamentales. Únicamente será una realidad si el conjunto de la sociedad civil asume el proceso como una posibilidad de desarrollo. Para que esto suceda será necesario revertir el proceso hegemónico-centralista que produjo la división latinoamericana en tantos países, e incentivar la conformación de sociedades de base territorial, densas socialmente y dinámicas en su capacidad de generar riqueza.

Las instituciones actuales, todavía fuertemente centralistas, son un obstáculo efectivo al desarrollo en profundidad de esos procesos. Frecuentemente se establecen redes transfronterizas que ven disminuidos sus efectos por la presencia hegemónica de las estructuras centrales. Las normas, los procedimientos, los controles, nacen a nivel central y son ejecutados por instancias centrales.

En el proceso vivido por el MERCOSUR en los últimos diez años, no ha habido participación destacable de los sistemas de actores locales. Las reuniones, las negociaciones se han realizado entre los gobiernos centrales. Se reúnen los ministros de una misma cartera asesorados por sus equipos centrales. Es así que las decisiones que pueden llegar a convertirse en protocolos de acuerdo supranacional, están inspiradas únicamente por las lógicas centralistas. Si tomamos por ejemplo el caso de la Educación, nunca han aparecido en los protocolos del MERCOSUR los puntos de vista o los intereses de los diferentes

territorios que forman un país determinado. Solo negocian entre sí los aparatos centrales.

Los procesos de integración regional que favorezcan la más amplia participación de actores, serán un aporte a la consolidación de las identidades de cada territorio. Pero solamente generarán procesos de inclusión social si se construyen en la oposición consistente a toda pretensión hegemónica uniformadora y en la apertura a la búsqueda de las nuevas formas de socialización y sociabilidad que permitan construir la sociedad del futuro. En esta búsqueda, el rol de los jóvenes es fundamental porque son ellos los que están padeciendo más claramente el agotamiento del trabajo como factor de inclusión social y también son ellos los que están inventando otras formas de proximidad.

José Arocena
Universidad Católica del Uruguay
Instituto de Estudios del Desarrollo Regional y Local
Montevideo, 8 de setiembre de 2004